
No hay garantía contra la posibilidad de
coger Influenza.

La Influenza, la Grippe y la Pulmonía

por lo general tienen su principio en un
resfriado.

En cuanto sospeche Ud. que ha contraído
un resfriado, habrá ganado la mitad de la
batalla si CONOCE el remedio más eficaz
que parará su progreso como una muralla—
si lo toma a tiempo.

Pudiera Ud. atrapar un resfriado cuando
se hallase lejos de una farmacia. Las per-
sonas de buen criterio se previenen contra
los resfriados llevando consigo

KITATOS

conocido en todas partes como el remedio
de precaución para los resfriados. Así como
en un apuro una sábana mojada puede
impedir el desarrollo de un gran incendio,
dos o tres dosis de este tónico-laxativo-
quinina obrador de maravillas expulsará el
resfriado que, si se descuida abre a menudo
el paso a la Influenza Española, la Pulmonía,
Pleuresía, Reumatismo y a veces a la Tu-
berculosis. Cómprelo Ud. sin demora en
cualquier farmacia.

THE SYDNEY ROSS COMPANY, NEW YORK, U. S. A.

Treinta días persiguiendo la muerte:

miseria, dolor y obras de caridad en Bogotá de 1918, desolada por la epidemia de gripa



ÁLVARO MIRANDA

Trabajo fotográfico: Ernesto Monsalve

PARA finales de la segunda década del siglo xx, Bogotá tiene poco que mostrar. Está detenida en el tiempo, sumergida en una rutina en la que las lluvias casi siempre le ganan a los días de sol y el barro salpica todo, tanto a la gente elegante como a la gente sencilla, que visten lo mejor de sus prendas para presentarse en calles, almacenes y templos. La rutina menuda de hombres y mujeres y la rutina trascendente de políticos y escritores en diarios y revistas, fue sustituida, de repente, por la de la muerte. Nada similar para comparar tenían en su memoria esos bogotanos que en los meses de octubre y noviembre de 1918 tuvieron que vivir en su ciudad una pesadilla causada por una gripa que de igual modo hacía estragos en muchos otros lugares del mundo.

Las primeras manifestaciones de la insospechada epidemia las reconoce la opinión a través de la prensa escrita. De modo ocasional se habla en las calles de la ciudad que hace 380 años fundara don Gonzalo Jiménez de Quesada, de los recientes descubrimientos que se han adelantado en Francia sobre la gripa. Los periódicos de la época desarrollan un estilo muy escueto debido a las limitaciones tipográficas del momento. Aparece, de vez en cuando, un comentario alusivo en el que en pocos renglones se tratan las circunstancias locales ligadas con expresiones sobre los avances que realizan los laboratorios de Europa. Con la ampliación de los síntomas ocasionados por la gripa, el registro periodístico se torna más preciso, más local, pero sobre todo, de análisis, y perceptivo de los fenómenos de la pobreza latente y manifiesta de una ciudad sobrevalorada con epítetos.

Para el día 15 de octubre, cuando los síntomas de la gripa no revestían aún agresividad, el periodista Armando Solano (1887-1953)¹, hace comentarios que se podrían calificar de análisis de la vida privada: “[...] no estamos habituados a mirar el catarro como una verdadera entidad patológica [...] es una enfermedad familiar, netamente doméstica que a nadie alarma, que hace necesario los cuidados cariñosos del hogar y le da ocasión a las señoras de desplegar sus conocimientos en yerbas aromáticas y medicinales”².

Enfermarse de gripa adquiría un carácter reconciliatorio en el esquema familiar. Los estados gripales eran aprovechados por las mujeres para atraer a sus maridos, esos mismos que por diversas razones habían permanecido alejados de la coexistencia diaria del hogar. Las reglas de convivencia, los mimos y consentimientos iban a encontrar en las enfermedades pasajeras un aliado. La ventaja la tenían las

Página anterior:

Kitatos, remedio contra la influenza española, la gripa y la pulmonía (El Tiempo, 1919).

1. Armando Solano, nacido en Paipa (Boyacá), se graduó en Derecho. Como activo político llegó a ser senador de la república, pero ante todo se destacó como periodista. En Ambers, Alemania, fundó la revista *Ulenspiegel* (1934). En Colombia fue promotor y director de varios periódicos, entre ellos *La Patria* y *El Diario Nacional*. Perteneció a los Centenaristas, grupo de políticos y escritores que en 1910 se congregaron para celebrar el primer Centenario de la Independencia. Entre sus libros se hallan *Glosario sencillo*, *Notificaciones* y *Paipa, mi pueblo*.
2. *El Espectador*, Bogotá, 15 de octubre de 1918. Día a día, en este diario, Armando Solano, en su columna *Glosario sencillo* va siguiendo el proceso de la epidemia de gripa en un análisis que resulta decisivo para entender el comportamiento de todos los estamentos sociales de la ciudad.



Escuela de Enfermería, Hospital de San Juan de Dios de la calle 1.ª (Forero Caballero, 1983).

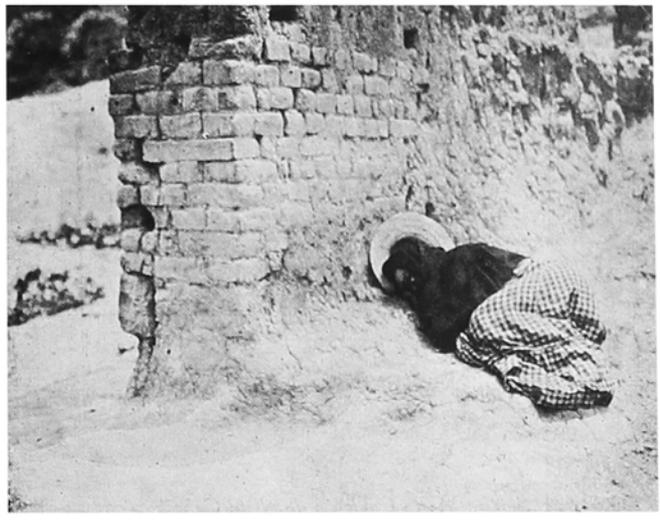
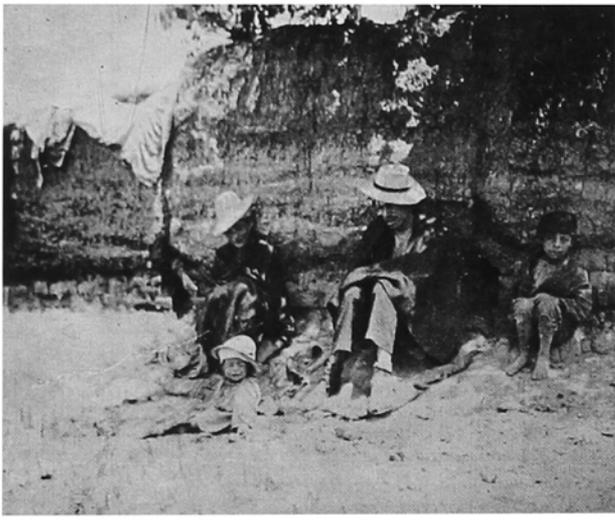
mujeres con el enfermo a cuidar. Con sus atenciones apuntalaban su relación matrimonial, el ejercicio de la seducción ante un esposo que reclamaba servicio de alimentación en la cama: “Conozco muchas mujeres —agregaba Solano— que no cuentan con el marido en casa sino cuando, febroso, tosiendo y estornudando terriblemente, está en capacidad de transmitirle en cada beso una tonelada de este nuevo microbio”.

Tres días después, el sábado 18, en la primera página del mismo diario aparece una noticia en la que el número de afectados da los primeros indicios del cubrimiento de la influenza. “La gripa, ese malecito insignificante, pero caprichoso e insistido, se ha apoderado de media ciudad. Ayer se calculaban en 30.000 casos y hoy ha subido en tales proporciones, que pudiera decirse que llegan a 40.000”. En el ambiente ciudadano existe una alarma general. Pero nadie podrá anticipar lo que de la noche a la mañana irrumpirá con gravedad por todos los rincones. Hasta el momento los cálculos que se pueden hacer se enmarcan dentro de lo posible, sin mayores alteraciones.

Ya el día 23 la prensa da cuenta que no se trata de una epidemia local, sino internacional. Se habla de un azote que comienza en la Península Ibérica, por lo que se le da el nombre de Gripe española y luego pasa a la frontera sur de Francia y a Suiza; se extiende de inmediato a los estados balcánicos y de modo insidioso se incuba en Serbia, para dominar después Italia, Austria, Alemania y el norte de Francia. A través de los viajes internacionales de barcos de pasajeros y militares que transportan soldados que van y vienen de la Primera Guerra Mundial, el mal se extiende a los Estados Unidos, asolando a Nueva York, donde informaciones de prensa consideran sus efectos de “verdaderamente horripilantes”³.

De Venezuela llegan noticias poco alentadoras. Una calamitosa situación viven los habitantes de Caracas. Dentro de una visión más política, el enfrentamiento a la epidemia lo hará directamente el gobierno central a través de su presidente. El asunto pasa a manos del presidente provisional, el señor Victorino Márquez Bustillos (1915-1922), quien ve la necesidad de constituir una Junta de Socorro del Distrito Federal para que se encargue de la inversión de los fondos que el Ejecutivo Federal pondrá a su disposición. A diferencia de Colombia, el Estado venezolo-

3. Véase *Epidemia de gripe, octubre y noviembre de 1918*, Bogotá, Arboleda & Valencia, 1918. La información de este libro fue redactada por el médico Eduardo Carvajal, quien fuera miembro de la Junta de Socorro que por entonces conformó Santiago de Castro, alcalde de Bogotá, mediante Decreto número 59 de 1918 (24 de octubre). En uno de los resúmenes del documento se buscó establecer, de modo general, los orígenes de la pandemia, sus efectos en otras ciudades del mundo y cómo actuó en Bogotá ante la emergencia.



Escenas de la epidemia de gripa en la capital (Cromos, 1918). Cortesía Revista Cromos.

lano hace presencia económica para suplir las necesidades más urgentes de los habitantes de la capital Federal. Sin embargo, a través de la gripa, la muerte hizo de las suyas porque del 28 de octubre al 24 de noviembre, se produjeron en Caracas 1.665 defunciones⁴.

En Bogotá el director de la oficina de Higiene y salubridad, el doctor Zenón Solano dice que el mal que ahora se da en la capital, proviene del cambio que se hizo a los sifones de las alcantarillas. Comenta que “las troneras con tapa de lata son incapaces de impedir que los gases de las cloacas no se comuniquen con la atmósfera de la ciudad”. Al ser interrogado sobre qué preventivo se debe emplear, el facultativo Zenón recomienda un purgante de calomel. Si los síntomas ya hacen presencia, se debe tomar una dosis de quinina como desinfectante. Si se irradia a los bronquios y pulmones, al paciente se le debe administrar benzoato de soda y sales amoniacales, también sudoríficos y diuréticos.

Entre los temerosos habitantes las recetas médicas son muy estimadas, pero en la mayoría de los casos inalcanzables porque los sectores populares no están en condiciones de poderlas comprar. Un reportero de *El Espectador*, después de visitar al director de Higiene y Salubridad, se encuentra con un amigo de cuyos conocimientos en salud no duda, a pesar de ser un lego que repite las recomendaciones sanitarias que ha oído de un tercero. El desconocido ofrece como panacea la siguiente receta que, según confiesa, ha sido obtenida de un estudio que sobre la materia ha hecho el conocido profesor Luis María Rivas: sulfato de quinina, 1 g., jarabe de ipecacuana, 30 g., clorhidrato de amoníaco, 1,50 g., desvección de poligala, 200 g. Como complemento, el improvisado terapeuta señalaba medidas de profilaxis consistentes en eucalipto y riegos en la casa con creolina o creosota. Los medios escritos, con el ánimo de popularizar cualquier producto que ayudara a solucionar los estados gripales de la población, se encargaban de difundir altisonancia a tratamientos generales que estaban en uso en otros países, como el de aspirar el sumo de cebolla, muy común en París y Tolón.

El aumento de muertes ocasionadas por la gripa pone en evidencia la fragilidad organizativa de la ciudad. Cada día que pasa se hace más crítica la situación. Por primera vez se veía que no se trataba de una simple enfermedad familiar, de control y manejo doméstico. El día 24 *El Espectador* registró a dos columnas que la terrible epidemia de gripa había dejado numerosas víctimas a lo largo y

4. *La epidemia de gripe, informe al Gobierno Nacional*, Caracas, Junta de Socorro del Distrito Federal, Litografía del Comercio, 1919. El 28 de octubre de 1918 se crea en Caracas, por decreto presidencial, la Junta de Socorro para que aplique los fondos que el ejecutivo otorga.



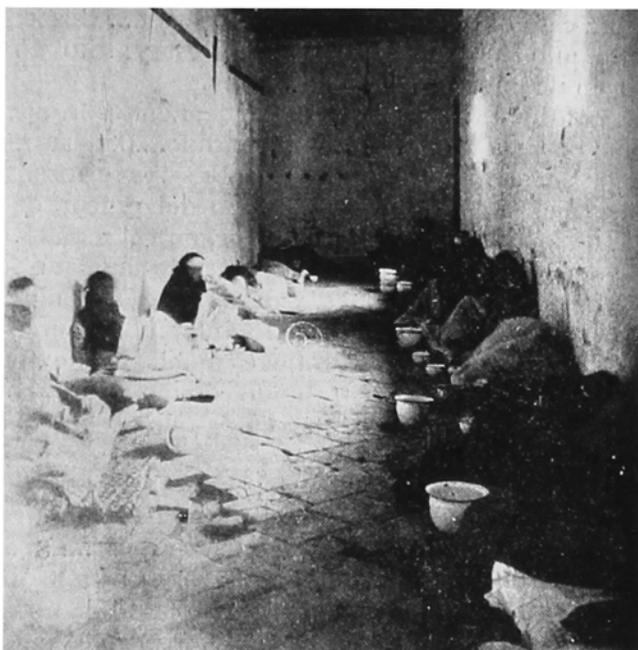
Ambulancia destinada por la Junta de Socorro (Cromos, 1918). Cortesía Revista Cromos.

ancho de la ciudad, haciéndose más palpable entre trabajadores y gentes menesterosas, pero afectando de igual modo a empleados de oficinas, abogados, miembros de la policía y senadores⁵. El deficiente sistema de salubridad colapsó pronto: “Parece que en el anfiteatro de San Diego es considerable el número de cadáveres a los que no se les ha podido hacer la autopsia. La policía continúa recogiendo en las calles a enfermos desamparados para tratar de hospitalizarlos”. La ciudad entra en un caos casi total que la saca de la rutina, de ese ritmo propio en el cual nada extraordinario hacía su aparición para marcar diferencias. Ahora está paralizada en su comercio. Desocupadas se hallan tanto calles como oficinas. Sin importar si se está de día o de noche, el afuera, la calle, se convierte en un peligro para la salud. En el hospital más importante de la ciudad, el San Juan de Dios, hay más de sesenta cadáveres que esperan ser sepultados, pero el personal no da abasto. Las escenas resultan macabras y parecen no ser ciertas. Los periódicos, *El Tiempo* y *El Espectador* coinciden en describir un oscuro panorama de dolor y miseria. Las revistas, que tenían la facilidad y el privilegio de promocionar la noticia a través del registro fotográfico, hicieron verosímil lo que de modo escueto narraban los periódicos. En la revista *El Gráfico*, con menos palabras y más fotografías, las escenas son dantescas. Se aprecian hombres que cavan fosas comunes y carretas tiradas por caballos de cuyas plataformas inclinadas se arrojan decenas de cuerpos que caen a la tierra del cementerio.

5. Véase *Anuario municipal de estadísticas*, Bogotá, Contraloría Municipal, 1942. Según el censo realizado en 1918 durante la presidencia de Marco Fidel Suárez, Bogotá tenía 143.994 habitantes.

6. José Antonio Osorio Lizarazo, *Novelas y crónicas*, Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, págs. 318-325.

El escritor José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)⁶, testigo de época, es quien trae para la memoria con mayor crudeza la descripción de los sucesos. Al leer el texto del bogotano sin tomar los referentes históricos, se podría pensar que se trata de un ejercicio literario que pretende imitar el crudo estilo de los naturalistas franceses, pero en verdad, lo proporcionado por el colombiano, resulta ser una comprobación más de los trágicos días en que la muerte se enseñoreó con la ciudad. En el relato “Las escenas de horror y de miseria que Bogotá presenció durante la epidemia de gripa de 1918”, el personaje es Pascual Goya, un joven que por



Dos aspectos del interior del hospital provisional de la calle 26 (El Gráfico, 1918).

entonces está recluido por una herida en una pierna en el hospital de San Juan de Dios. La epidemia ya se ha consolidado. El hospital está al garete, convertido en lo que en realidad es, un moridero para la gente pobre. El paciente de la narración de Osorio Lizarazo decide salir de su encierro:

Trataba de escapar un poco de los ambientes de los salones, al cuadro macabro de cien cadáveres extendidos al lado de otros tantos agonizantes. Pero los jardines estaban también invadidos por sacos de paja y en aquellos perecían otras personas. Había un hombre congestionado por el alcohol en que buscó valor para enfrentar la muerte, y otro que gritaba que le habían dado una cuchillada en el costado. Le pedí que me mostrara la herida pero no tenía nada. Insultaba los médicos y a los enfermeros, que no se apresuraban a poner fin a sus padecimientos. De pronto, mientras yo quería hacer de enfermero, la puerta que cerraba el cuarto de los cadáveres, crujió siniestramente. Luego se abrió con violencia hacia afuera y un derrumbe de cosas descompuestas cayó sobre el corredor, sepultando a los que esperaban, allí, ojos vidriosos, lengua colgante, su hora de ser transportados al cementerio. Fue una rebelión de fantasía, una insubordinación de espectros, como si aquellos miembros hinchados pidieran su incorporación a la tierra, como una huelga espantosa de cadáveres en marcha. Estaban reunidos los sexos, las edades, las categorías, desnudos todos, y al caer quedaron en las más grotescas posiciones⁷.

Veinte años después, con libertad creativa, J. A. Osorio Lizarazo ampliaría a través de la literatura lo que la capacidad de impresión tenía que restringir a la noticia del día. Pascual Goya, un Cristo menesteroso, reconoce que en su lecho de enfermo tenía que soportar a sus “costados dos rufianes de tipo clásico”. Cada descripción es patética. Su visión está libre de subterfugios. Señala lo que tiene que señalar. El hospital es igual a un presidio donde se “extendían los cuerpos, lacerados por la miseria, de mendigos, vagabundos y obreros de ínfima categoría”.

7. José Antonio Osorio Lizarazo, óp. cit., pág. 323.



Lavanderas en el río san Francisco en los suburbios de Bogotá (El Gráfico, 1918).

Aunque Bogotá era una aldea comparada con Nueva York, la epidemia las estremece de igual modo. En la llamada capital del mundo la gripa no respetó su organizado servicio de asistencia pública. Contaba la gran ciudad con una política de prevención y de sociedades de beneficencia y socorro que funcionaban debidamente, pero cuando la enfermedad se hace crítica, el sistema colapsa de la misma forma que el de la desordenada y andina Bogotá. La desmesurada propagación de la epidemia impidió una adecuada atención. Las ciudades del mundo parecían gemelas. Lo que se contaba de la una se podía decir de la otra.

A pesar de lo universal, los sucesos bogotanos se estimaban como únicos, focalizados a pesar de la filtración de las noticias internacionales. ¿Dónde sucedía lo que se contaba? ¿Se hablaba de Nueva York o de Bogotá?

Desde los tranvías, en un lado y en otro del mundo, los pasajeros veían morir a sus conciudadanos en plena calle: el servicio urbano se tornaba ineficiente. Se cerraban escuelas y universidades públicas. Las oficinas del Estado dejaban de prestar



Pedro A. López, ministro del Tesoro (El Gráfico, 1918).



Torero Manuel Mejías "Bienvenida" (El Gráfico, 1918).

sus servicios. Almacenes y oficinas suspendían sus actividades diarias. Nadie podía imaginar que en los cementerios de la ciudad se agotaban las bóvedas y fosas para los entierros individuales. En Bogotá los presos cavaban las tumbas, en Nueva York los sistemas mecánicos removían la tierra. A pesar de los denodados esfuerzos para lograr enormes fosas comunes que dieran solución a los entierros en un menor tiempo, había hacinamiento de insepultos y habría de llegar el momento en que, a la intemperie de Nueva York, sin poderse sepultar, permanecerían ochocientos cuerpos humanos.

En la capital andina en un solo día hubo doscientos cadáveres a la espera de ser sepultados. Como faltaban obreros para que hicieran el trabajo de llevar bajo tierra a las víctimas de la epidemia, el director de la cárcel municipal envió diez reos con sus respectivos guardias para que hicieran el oficio de sepultureros antes de que los cuerpos comenzaran su descomposición.

La epidemia dejó en claro las relaciones sociales. Evidenció la vocación de los sectores populares frente al cumplimiento de su trabajo. Cada obrero se sentía obligado a responder con su labor, ya fuera por temor a ser despedido o por espíritu de sacrificio. Los barrenderos, a pesar de estar dominados por la peste, seguían cumpliendo con su responsabilidad. Barrían, en el acucioso cumplimiento de su deber, con los pulmones afectados por el polvo que producían sus escobas. Mientras los oficios a medio hacer se cumplían a la fuerza, en los andenes mujeres y niños buscaban energías de donde no las había, para huir de la muerte.

Antes de la epidemia, el Salón Olympia figuraba como uno de los lugares de reunión y espectáculo más concurridos de la ciudad. En su amplio recinto, adecuado para proyecciones cinematográficas y musicales, se daban cita tanto personas de figuración social, económica y política, como de los sectores populares. Para el día



ALBERTO LÓPEZ, el benjamín de los voceadores de Cromos

Alberto López, el benjamín de los voceadores de Cromos (Cromos, 1918). Cortesía Revista Cromos.

PERDIDA TODA ESPERANZA-
CONTRA LA TUBERCULOSIS?
KINAZYME



Propaganda de las tabletas Kinazyme contra la tuberculosis (El Gráfico, 1918).

8. El Salón Olympia tenía en el diario El Tiempo de Bogotá un destacado aviso publicitario en el que anunciaba su programación. La calamidad pública que ocasiona la epidemia hace que toda función se suspenda. El jueves 25 de octubre se presenta "La redención de Naná". Una vez concluye la programación, las arcadas del teatro se convierten en refugio de enfermos que no tienen dónde ir. El 5 de noviembre, después de once días de permanecer con sus puertas cerradas, se anuncia que el jueves 7 del mismo mes habrá un gran espectáculo en beneficio de las

continúa

sábado 18 de octubre se promociona "la segunda función de las encantadoras musicales y bailarinas Raquel y Blanquita Garay, en combinación con una bellísima cinta"⁸. A los pocos días los espectáculos comienzan a sufrir demora. "La fastidiosa gripa", como la llaman, ha invadido muchos ramos de la actividad en la capital. Todos los miembros del gabinete, con excepción de dos de ellos, los doctores Araújo y Del Corral, guardan cama. Un aviso muy singular, que aparece en la prensa capitalina trae un buen consejo: "No dejen sus muertos sin flores. Cuando vaya usted a veranear, o cuando quiera ensayar, llame usted al teléfono 477, del Jardín Colombia para que le adornen sus tumbas con frescas y bellas flores por una insignificante suma mensual. Una señorita muy artista está encargada de estos trabajos. Empresa Colombiana"⁹.

El Olympia continuó con sus avisos promocionales. En esta nueva oportunidad, después de la función de las hermanas Garay, lo hizo a futuro, con un "Muy pronto". La función se detenía para el presente y se colocaba hacia el mañana, sin saberse cuándo se iba a presentar lo que se anunciaba. Durante días, sin que se abrieran las puertas, se invitaba a una función lejana, sin fecha, de la que se decía que era la mejor adaptación del cine, el drama inmortal del insigne español Joaquín Decenta. Motivos de fuerza mayor impedían su exhibición. El teatro se vio



Salón de costura que la Singer Sewing Machine Co. puso a disposición de la Junta de Socorro en su almacén de la calle 14 para confeccionar ropa que será repartida a los enfermos (El Gráfico, 1918).

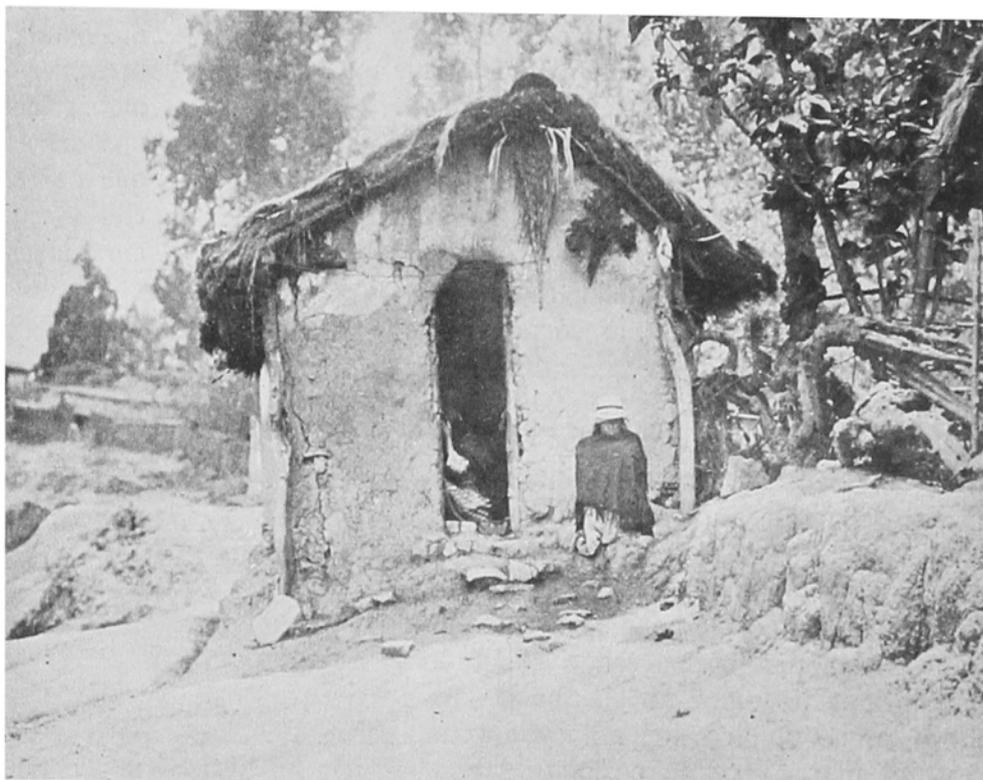
sometido a un uso inesperado: “De noche, bajo los arcos del salón Olympia, un número muy crecido de gamines y hombres maduros se amontonan en dolorosa promiscuidad, así, a la intemperie, a tiempo que cae una lluvia torrencial, pasan las horas críticas de la enfermedad. Sus quejidos se escuchan hasta cierta distancia y también se oye el rumor de la lucha empeñada para disputarse los mezquinos pedazos de papel que les sirven como únicos cobertores. Con semejante situación la peste adquiere proporciones inverosímiles de intensidad y de extensión. ¿Cómo hablar de cultura, ni de civilización ni de solidaridad, ni de cristianismo si hemos sido suficientemente descuidados y duros de corazón para no prevenir casos como el presente?”¹⁰.

Maitre Renard en su columna comienza a protestar frente a la respuesta poco eficiente de las autoridades. La muerte es más rápida que cualquier solución. Aparece de modo súbito en las calles y deja, a cada paso que da, innumerables interrogantes que requieren de soluciones igualmente veloces. Reinard decía que la protección civil no era un favor sino una obligación. Sin embargo, en el común de la gente predomina el criterio de caridad y no el de atención social en manos del Estado.

Los muertos, a través de los periódicos, tienen su clasificación. Desde los primeros días del drama aparecen los nombres de los desconocidos en una tipografía de letra pequeña. De este modo se hace registro de los seres anónimos, de aquellos individuos que nadie conoce y que un día cualquiera son sorprendidos en plena calle por la muerte. Cada edición consolida una estadística más. Los que no pueden morir en casa, los que por una u otra circunstancia salen en busca de auxilio porque no tienen quien los cuide con amor y yerbas, son los del común: una mujer de servicio doméstico reconocida como Ascensión Espinosa, muere en el Paseo Bolívar; un individuo llamado Vicente Martínez, cae en la falda del cerro de Monserrate; un sujeto de nombre Pedro, aparece sin vida en el barrio San Luis; una muchacha denominada Desporios Bernal, fenece bajo la lluvia en el barrio

víctimas, organizado por la delegación de Italia, con cooperación de la Junta de Socorro. Pero para la fecha prometida las autoridades, por temor a nuevos contagios, prohíbe su realización.

9. El Tiempo, Bogotá, 24 de octubre de 1918, pág. 2.
10. El Espectador, Bogotá, Maitre Renard, 24 de octubre de 1918, pág. 1.



Choza bogotana en donde la epidemia ha atacado a sus moradores (Cromos, 1918). Cortesía Revista Cromos.

obrero de Las Cruces; un muchacho que en vida respondió al patronímico de Francisco Soto, lo encuentran sin respirar y con los ojos puestos en el infinito en la céntrica calle 22; a un José Garzón, entre tantos otros, lo recogen tieso y helado en la plaza de La Pola para conducirlo sin solución al anfiteatro.

Los periodistas, ante la fuerte epidemia, asumen el estilo investigativo. Indagan sobre lo que pasa en todos los lugares. Lo que encuentran los reporteros es macabro. Cuando van a la cárcel de la calle 4.^a, una casa alta, de estrechos corredores, con diez oscuras piezas donde se hacían 150 presos, quedan horrorizados: más de la mitad de los reclusos son víctimas de la epidemia. En las más abandonadas condiciones higiénicas, sin fármaco ni médico que los atienda, los prisioneros sólo esperan su turno de muerte. Cuando los investigadores de la prensa preguntan al “muy culto general Mora” por el galeno que no viene a visitar a sus enfermos, el director responde: “El médico ha estado enfermo, hoy vino, pero como no había medicina, nada pudo hacer, porque tampoco tenemos dinero para comprarlas”.

En el día 24 la clasificación de los nombres se modifica. De ahora en adelante aparecen en una tipografía más grande y más resaltada. Esto se debe a que la epidemia ha rebasado la frontera invisible y se ha metido en las casas con mayor higiene. Las víctimas pertenecen a figuras locales que comienzan a ser sorprendidas por un mal que no tiene consideración con nadie. Para ese mismo día no hubo sesión en el senado por falta de quórum: las tres cuartas partes de sus miembros se hallan en cama. La alarma entre las familias de prestancia de la ciudad se enciende cuando descubren que el obituario de la gente común se ha transformado y el lugar de los anónimos es tomado por gente conocida. El manido suceso toma la categoría de noticia: la señora Ana Brigard de Uribe se constituye en uno de los motivos de dolor más hondos para la ciudad. Esposa de don Carlos Uribe, la señora De Brigard “era reina de un hogar en donde campeaba la más alta distinción y donde ella se imponía al respeto cariñoso de cuantos la trataban [...] madre



Un hombre lleva a su hijo al hospital durante la epidemia de gripa (Cromos, 1918). Cortesía Revista Cromos.

amantísima, supo formar una familia de encantadoras señoritas y gentiles caballeros en quienes la herencia de sangre y de ejemplo, tan valiosa y preciada, es norma de conducta”¹¹.

La sociedad bogotana comienza a entender que la gripa no tiene límites. Había comenzado por los sectores insalubres con hacinamiento de habitantes, pero cuando llega a los lugares donde se supone existen mínimas condiciones y se cumple con los regulares consejos de higiene, el peligro ya se ha hecho real para todos.

Con el paso de los días, médicos y bacteriólogos realizarían exámenes y cultivos para establecer qué estaba originando la epidemia. Los doctores Jorge Martínez y Bernardo Samper en su Laboratorio de Higiene y el profesor Federico Lleras en el suyo, demostraron que la enfermedad infecciosa era una “gripa franca”. Habían encontrado en todos los cultivos el bacilo productor de la enfermedad, que fue descubierto por el médico alemán Ricardo Pfeiffer en 1892. De este modo establecían que la dolencia que hostigaba estaba asociada, según los galenos, al neumococo, al estreptococo y al estafilococo, asociaciones que explicaban las graves complicaciones de neumonía, bronconeumonía y miocarditis, causantes de la alta mortalidad¹².

Los muertos de las calles era lo que más impresionaba. El abandono resultaba macabro. Nada se compadecía con el imaginario de la Atenas Sudamericana: “El espectáculo de una sociedad cuyos miembros más pobres se mueren en las calles por falta de abrigo y medicina no debe seguir ofreciéndolo Bogotá, la ciudad más culta y más rica de Colombia”.

El día 25, como medida de urgencia, la alcaldía decreta la conformación de una Junta de Socorro. Dicha entidad quedó conformada por diversos miembros de la sociedad, entre quienes se hallaban los médicos Manuel Dávila Flórez y Eduardo

11. El día 17, cuando la epidemia apenas comenzaba, el cable internacional trae la noticia del fallecimiento en Pittsburg, tras breve enfermedad, del joven Gabriel Suárez Orrantía, hijo del presidente Marco Fidel Suárez. Su padre lo había enviado a estudiar ingeniería mecánica.

12. Como complemento de la sección científica de *Epidemia de gripe...*, la Junta de Socorro creyó conveniente reproducir algunos capítulos de la tesis *Contribución al estudio de la epidemia de gripe en Bogotá, 1918*, que presentara el estudiante Jorge Laverde S., para optar el grado en Medicina y Cirugía.



Fiesta de caridad, iniciativa de un grupo de damas (El Gráfico, 1918).

Carvajal, el general Enrique Palacios y los señores Julio D. Portocarrero, Enrique Liévano, Ernesto Michelsen y Pedro López. La Junta abrió una suscripción popular en la cual los necesitados de medicina y cuidado eran registrados para subsidiar las necesidades que les ocasionara la epidemia, incluida la atención médica. Los asuntos administrativos no podían seguir al gairete. La noche anterior había más de cien cadáveres dispersos por el anfiteatro, el cementerio y los hospitales.

La enfermedad ponía sus propias trampas. Se generalizaba, pero había la necesidad de continuar con los menesteres y el diario trabajo. Como había sucedido con los barrenderos, los conductores del tranvía, gravemente enfermos, solicitaban a la gerencia abrigo y medicinas, pero el gerente declaraba no estar facultado para ello. Por un lado los reglamentos y normas no ofrecían una solución y por el otro, la enfermedad imponía su ley. Al final, la dirección del tranvía tuvo que reconocer la gravedad de los hechos y dispuso que a los empleados de la empresa que habían dejado de trabajar por causa de la epidemia, se les reconociera medio jornal por el tiempo que permanecieran enfermos.

13. Véase *Epidemia de gripe, octubre y noviembre de 1918*, 6p. cit., pág. 86. El domingo 17 de noviembre, cuando la epidemia de gripe se consideraba completamente superada, la Junta de Socorro recibe delegaciones de gremios y sociedades obreras, que le manifiestan su agradecimiento. A la vez que se percibe un tratamiento político en el encuentro. Ramón Casanova, en nombre de los obreros, después de exaltar la labor que habían efectuado los miembros del ente nombrado por la alcaldía para atender la crisis, ataca al señor Sotero Peñuela, representante al congreso por el departamento de Boyacá y rechaza el donativo que éste había hecho de dos pesos. Casanova, en encendido discurso frente a sus amigos de la Junta, decía que “los obreros de la capital, por dignidad de gremio, por orgullo natural en el hombre”, no iban a aceptar la dádiva.

En opinión de muchos la conformación de la Junta de Socorro mostraba dispersión. Consideraban que la gobernación y la alcaldía habían dado un buen paso con el nombramiento de sus integrantes, pero faltaba liderazgo y decisión. Tantos miembros ponían en riesgo el principio de autoridad. Se reclamaba una “dictadura local”, capaz de dar impulso continuo a los distintos organismos de sanidad y policía. Se pregonaba la urgencia de una mano fuerte que restableciera el orden y que de nuevo, la ciudad, siguiera funcionando en su encubierto desorden. La Junta actuó y los logros estuvieron cumplidos más por la actividad individual de algunos de sus miembros, que por la eficacia colectiva. El libro que la entidad publica como balance final una vez el desastroso panorama de la epidemia declina, muestra ser un escrito de halagos y reconocimientos, sin ampliación de los resultados¹³. El sector privado, ante la falta del aporte oficial, se vio en la necesidad de hacer sus contribuciones. El reconocimiento fue para el sector bancario. Pedro A. López & Cía., no sólo participó de modo cuantioso con dinero, sino que prestó sus oficinas para que se reuniera la Junta y puso al servicio administrativo de la



La caridad en acción: distinguidas damas de la sociedad bogotana repartiendo alimentos a los pobres en una de las cocinas populares establecidas por la Junta de Socorro (El Gráfico, 1918).

decretada institución, a muchos de sus empleados. El Banco de Colombia, encabezado por su gerente, el señor Ernesto Michelsen, atendió la cuenta corriente abierta por la Junta de Socorro.

Los criterios de solidaridad se ponen a prueba y llegan a los toreros. Desde Barranquilla el diestro español Bienvenida envía un telegrama en el que ofrece colaborar a favor de los damnificados. Quiere demostrarle al pueblo bogotano “sus sentimientos del alma”. Por iniciativa propia organiza, junto con otro diestro, una corrida. El producido que se haga será entregado en su totalidad al doctor Dávila Flórez, presidente de la Junta, quien a su vez lo hará revertir a los quebrantados por la gripa. Al lado de los toreros, las damas de Barranquilla, organizadas en un comité, han enviado la suma de \$ 885. Los toreros residentes en Bogotá siguen el ejemplo de sus colegas de Barranquilla y obsequian una corrida en el circo de San Diego. En su animada competencia las damas de Bogotá recorren las calles para llevar provisión, abrigo y medicinas a los enfermos sin recursos. Las propuestas de ayuda no dejan de ser extrañas. El hipnotista Georges Nader ofrece a la Junta una función de ilusionismo a beneficio de las víctimas.

La Junta de Socorro considera que en los barrios de la ciudad se deben nombrar comités a cargo de distinguidas señoras para que presten sus auxilios de un modo más adecuado (La Catedral, San Victorino, Egipto, Las Cruces, San Cristóbal, Santa Bárbara-Belén, Las Aguas, Las Nieves-San Diego, río del Arzobispo y Sucre). La armonía en el trabajo desaparece en algunas ocasiones. Las damas que trabajan voluntariamente en el cuidado y atención de los enfermos, han sido víctimas de los malos modales del Inspector Municipal del barrio San Victorino. Ante el trato inadecuado las señoras se vieron en la necesidad de abandonar la inspección.

Los “sentimientos del alma”, como decía el torero Bienvenida, tuvieron de igual modo su activación en los sectores sociales de menor capacidad. Los niños del Dormitorio Cinerama, voceadores en su mayoría de los periódicos y revistas de la ciudad, dieron “la más bella lección de caridad”. De sus ahorros reunieron para la Junta la suma de \$1,85 y lo depositaron en el Banco de Colombia.



Rogativas, ¡de las epidemias, líbranos Señor! (Cromos, 1918). Cortesía Revista Cromos.

Las colonias extranjeras, así como algunas empresas internacionales, se unieron a la campaña de caridad. Se consolidaba una especie de cruzada que trataba de echar hacia atrás todo el desborde que había propiciado la epidemia. Los Hermanos Cristianos del Colegio de La Salle, de origen francés, las damas inglesas, las familias Tracey, Larsen y MacDonald, se hicieron cargo del Hospital de Chapinero, barrio de quintas de recreo sobre el extremo norte. La Junta ordena dar comida a los pobres a través de comedores públicos. Una multitud de hambrientos comienza a ser atendida en cocinas abundantes en los barrios más necesitados.

De igual modo es cubierta la desnudez¹⁴. En la calle 14 se hallaba el almacén de la Singer Sewing Machine Co. En el salón de costura, las mujeres, en dos hileras, una detrás de la otra frente a su máquina de coser, se dedicaban a confeccionar blusas para médicos y practicantes, así como la ropa que se había de repartir entre los enfermos. La colonia italiana entregó a la Junta de Socorro doscientos vestidos para que fueran distribuidos entre los huérfanos. La gripa había dejado un sinnúmero de niños sin sus padres, por lo que la Junta solicitó a las familias pudientes que se hicieran cargo de los que habían quedado sin familia. A pesar de esta preocupación algo que estaba encubierto comenzó a manifestarse: hordas de niños mendigos estiraban sus manos suplicantes a los pasajeros de los tranvías o a los transeúntes que caminaban por las calles más concurridas del centro de la ciudad. La alarma moral subió cuando las autoridades descubrieron que detrás de la mendicidad había adultos que explotaban a las “desamparadas e inocentes criaturas, a las cuales inhumanamente martirizan con el objeto de recoger el fruto de la piedad que inspiran sus llantos y lamentos, cuando no sus llagas y deformaciones físicas”¹⁵.

Al lado de las personas generosas, aparecen los ladrones. Sin embargo, se les otorga el beneficio de la duda. Jorge Bolívar y Carlos Espitia fueron llevados a la oficina de investigación porque habían robado de la Droguería Internacional un frasco de quinina. Al ser interrogados sobre el hurto, expresaron haberlo hecho porque es-

14. Existía en la ciudad una institución que veía por los niños pobres en la época de Navidad. Se denominaba Club Noel y estaba compuesto por damas de la sociedad. Para la epidemia de gripa el Club se dedicó a la confección de trajes y abrigos para los menesterosos y enfermos.

15. El Espectador, Bogotá, 6 de noviembre de 1918, pág. 1.

taban enfermos y necesitaban del mismo para curarse. Otro suceso considerado grave llega a oídos de la Junta de Socorro: individuos sin escrúpulos andan recogiendo dinero a nombre de ella.

Una vez cerradas las escuelas y las oficinas públicas, Bogotá tenía una semblanza de desolación. Más de una docena de facultativos recorrían las calles a recetar las medicinas. A pesar de tanto esfuerzo la muerte les ganaba la batalla.

Muchas ideas latentes sobre la ritualidad de la muerte quedaban al descubierto. Las personas de recursos económicos exigían que sus muertos fueran sepultados en bóvedas, tuvieran un carro para el cortejo fúnebre y un redoble de campanas. Los pobres, con menos posibilidades de petición a la hora del deceso de un ser querido, sólo imploraban la presencia de un obrero que abriera la sepultura en la tierra.

En el camposanto existe una tierra que no era bendita, el lugar reservado a los suicidas y a quienes se habían negado a recibir los santos sacramentos. En momentos anteriores a la epidemia, la valoración del muerto reclamaba por parte de la familia un lugar no estigmatizado. Pero cuando la crisis de los sepulcros se hizo evidente por el gran número de defunciones en tan poco tiempo, los valores entraron a modificarse. Ya no importaba enterrar al deudo en un lugar no bendecido, siempre y cuando no fuera en una tumba en la tierra. Se dio el caso de una señora considerada respetable que buscó afanosamente un nicho en el cementerio de los suicidas para su esposo que estaba muriendo de gripa: “Qué importa, se dirá ella, que este hombre dulce y apacible que me acompañó resignadamente por la vida, sin un gesto de violencia, quede clasificado para el vulgo, para los desconocidos, como uno de los que se van del mundo, rompiendo con las fórmulas y conveniencias sociales”¹⁶. Armando Solano o Maître Renard, el liberal centenarista del “Glosario sencillo”, sigue con su agudo análisis: “No hay sitio para nadie en el inmenso panteón donde quedan los muertos como en un estuche, rotulados y numerados, listos para recibir en época menos aflictiva el homenaje de sus herederos. Y los buenos burgueses, que ignoran la poesía de una tumba cubierta de flores silvestres, protegida por una tosca cruz de madera, sin letreros dorados y sin cursis epitafios, se desesperan ante la idea de que sus parientes no queden colocados en una bóveda vulgar”.

Para colmo de males los ataúdes escasean. Las agencias fúnebres comienzan a especular con su producto. Para evitar los precios de usura, la alcaldía decide hacer un contrato por un número grande de cajones mortuorios y de este modo detener, con una venta de promoción de \$ 4 por unidad, el negocio de oportunidad que algunos quisieron hacer con la muerte.

Las ceremonias religiosas se hallan alteradas. El día 31 se prohíben las exequias de cuerpo presente y la visita al cementerio. El 1.º de noviembre, según la costumbre, ya no habrá romería para ir a cubrir los túmulos con flores. Consideraciones de salubridad detienen la tradición. La partida del difunto será directa y rápida. Del lugar de defunción al cementerio. Tanto cuerpo a la espera de sepultura hace insignificante a los muertos de mayor valía social. La ciudad no hace más que presenciar el paso triste de los cortejos luctuosos. Los carros mortuorios se hacen insuficientes para conducir a los cadáveres a su destino final. La administración de la Empresa de Aseo, encargada del manejo del cementerio, de barrer y recoger los desperdicios que a diario produce la ciudad, no tiene otra alternativa que depositar en sus carretas recolectoras, una nueva basura, los cuerpos sin vida que se hallan en la calle sin mortaja ni bendición sacerdotal, con el fin de conducirlos de inmediato a las inmensas fosas que se han abierto en el cementerio.

16. *Ibíd.*, 26 de octubre de 1918, pág. 1.

La ciudad se llena de suciedad ante la supresión de los servicios públicos. Para el día veinticinco, “en un carro tirado por bueyes, bajaron por la calle, para ser conducidos al cementerio, ocho cadáveres de individuos que han muerto víctimas de la epidemia”. Las paredes de la ciudad están saturadas de carteles con nombres de finados. Con el objeto de hacer más visibles los anuncios, se ordena sólo la publicación de uno por difunto.

En opinión de Armando Solano el panorama sigue siendo tétrico, aunque la resignación por las nuevas formas que ofrece la vida y la muerte termina por hacerse consuetudinaria: “Los cadáveres que pasan por nuestras calles en continuo desfile, ya no inspiran sino una vaga curiosidad. Van los unos en suntuosos carruajes empenachados y brillantes; otros en modestos coches mortuorios, opacos y rodeados de coronas pequeñas que ya sirvieron en un entierro de ayer; los hijos del pueblo, los obreros que ganaban un jornal regular, van en hombros de sus amigos, seguidos de la viuda y los chiquitines, en un tosco cajón apenas barnizado; y los más, los innumerables, la hampa inclasificable y anónima, es conducida en carros, por partidas de ocho y doce cadáveres, y cae así, enracimada y confusa, en la charca común, a podrirse en el olvido inexorable y a descansar por vez primera. Pero la romería lúgubre no descansa un momento, y llega, como un río a depositar sus naufragos en la fangosa llanura del cementerio”¹⁷.

Los sepultureros, hijos del pueblo, como los llama Solano, adoptan una actitud de hilaridad que les sirve de escudo personal al enfrentarse con lo trágico. Se van por la manifestación de una cultura desarraigada, sin complicaciones: “La cuadrilla de presos y de obreros que cavan las fosas, viven perfectamente dichosas. Cuando al detenerse bruscamente una carreta caen al lodo amarillento dos o tres muertos, hay una alegre y estrepitosa algarabía; se les arrastra y se les levanta en medio de bromas brutales, y con el humo pestilente de los cigarros, salen de los labios de esa gleba del crimen las más torpes alusiones. En grandes ollas humeantes ahí mismo está la comida de los sepultureros. Y en torno, con una franca y saludable satisfacción, se sientan a devorar la pitanza. Con las manos cubiertas de aquella tierra fúnebre, toman los trozos de carne, y se alimentan así, sobre los despojos de la vida, con una avidez de caverna”. Esta descripción de Armando Solano no riñe con la que años después hiciera el novelista Osorio Lizarazo al escribir sobre los sucesos que trajo la epidemia de gripa de 1918.

La Junta de Socorro hace un llamado al alcalde de la ciudad. Las sepulturas que se están realizando no tienen la suficiente profundidad. Por primera vez se piensa que una de las salidas es incinerar los cadáveres¹⁸.

La tradición religiosa recurre a la rogativa. Una concurrida procesión sale el jueves 31 de la iglesia de la Concepción, para hacer un recorrido circular que toma la calle 10 al este, la carrera octava al sur, la calle novena al oeste y la carrera décima al norte. Se ha dado una vuelta a las manzanas con la oración de los feligreses que acompañan el palio bajo el cual el Santísimo es conducido por caballeros piadosos.

En consideración de otros la salvación de Bogotá está en ella misma. La prensa se queja de la Junta de Socorro porque ha dirigido un telegrama a un caballero de Medellín, pidiéndole “obtenga de las personas caritativas una cuota para aliviar las dolencias y el desamparo de las víctimas que entre nosotros ha padecido la influenza”¹⁹. Los críticos planteaban que dicha solicitud no era necesario hacerla a la capital de Antioquia como tampoco a ninguna otra ciudad. Cada una de ellas tenía sus propias necesidades y todas estaban expuestas a la gripa. Hay cierto celo,

17. *Ibíd.*, 30 de octubre de 1918, pág. 1.

18. Véase *El Tiempo*, Bogotá, 17 de marzo de 1911, pág. 2. Esta era una idea novedosa para el país cuyo referente más cercano aparece cuatro años atrás como noticia. Para entonces se decía que una sociedad inglesa acababa de conseguir una patente para un horno crematorio a domicilio. La modernidad europea vendía los mencionados incineradores a un precio de 2.500 francos y si las personas no deseaban tener el aparato en casa, lo podían alquilar para la ocasión por un módico precio.

19. *El Espectador*, Bogotá, 30 de octubre de 1918, pág. 1. El mencionado telegrama dice así: “Bogotá, 29 de octubre de 1918. Ricardo Olano - Medellín. Salúdalo Junta Socorro. Epidemia aumenta. Tenemos colectados quince mil dólares (15.000). Como gastos y necesidades aumentan, suplicámosle pedir suscripción aliviar desgracias personas caritativas como José María Sierra y otros que usted estime conveniente. Junta de Socorro”.

Higienización de Bogotá

Progreso nacional—Las Bocas de Ceniza—Sociedad de Embellecimiento—Laboratorio Martínez-Samper—Conversación con el doctor José Vicente Huertas.

Ocasionalmente, uno de los cronistas de este diario estuvo conversando con el doctor José Vicente Huertas, distinguido médico, llegado a fines de la semana pasada a esta ciudad, después de vivir cinco años en Europa, donde se dedicó a profundos estudios profesionales. Una charla amena y enseñadora, fácil y erudita, son sus palabras.

Hablando de diferentes cosas, interesantes, dijo más o menos lo que sigue:

—Es indefinible la intensa emoción que siente uno cuando se acerca a la tierra querida, después de varios años de ausencia; y más aún si nota progreso eficiente en todo sentido, como pude observar en la capital del Departamento de Bogotá.

que se ha construido para las labores de enseñanza teórica y práctica es de los más capaces en todo sentido. La labor del doctor Pompilio Martínez, Rector de la Facultad, por la construcción del edificio en referencia, se coronó con el éxito más completo que haya podido desearse. Respecto del laboratorio de los doctores Martínez y Samper, creo que es el paso más importante que en achaques científicos se ha dado en Colombia últimamente, por lo cual merecen el apoyo del Gobierno y ciudadanos, cualesquiera que sean su estado y circunstancias, pues la iniciativa citada es patriótica y sobre todo sabia,

—Ya que hablamos de cuestiones médicas, sanitarias, etc., ¿cómo le parece el importante problema de higienización de Bogotá?

Higienización de Bogotá (El Espectador, 1919).

una reservada prudencia para que no se haga explícito el cubrimiento de las necesidades a través de terceros, sino de la autosuficiencia de la capital de la república.

Se decía que Bogotá, por ser “la ciudad más rica del país, puede atender perfectamente sus necesidades”²⁰. La petición de la Junta de Socorro era para algunos un exabrupto que hería la dignidad de la urbe. No se pedía poner en duda la capacidad caritativa de sus gentes, la posibilidad de motivar a sus habitantes para responder por los necesitados, sin importar si éstos eran conocidos o desconocidos. No había necesidad de recurrir a terceros, porque “aquí hay dinero para todos”. Era un duelo de orgullo, una manifestación de autosuficiencia. Solicitar ayuda a Medellín o a cualquier otra ciudad era impropio. La solución era de otro orden. Insistírle a los bogotanos que no lo habían hecho, que contribuyeran con generosidad en defensa de lo suyo, de su pueblo. Un pequeño aviso enfilaba sus letras a la conciencia de los donantes remisos: “Usted no ha dado nada para los pobres. Probablemente no ha pensado ni en el dolor de sus semejantes que se mueren de frío y de hambre en las propias calles de la ciudad, ni en el peligro que entraña para usted mismo la extensión de la epidemia”. El balance final que hace el 12 de noviembre el periodista de El Espectador Manuel Laverde Liévano al analizar el acueducto, resulta franco, sin velos oratorios o desplazamientos de grandeza: “Ciudad denominada Atenas, en la que sólo pueden vivir enfermos y

20. *Ibid.*, 31 de octubre de 1918, pág. 1.



Laboratorio de Higiene (El Tiempo, 1919).

abatidos cien mil habitantes, cuya salud pende de unos días más o menos de invierno en el año; se avisa a todos que no tomen agua y que no transiten por las vías públicas, porque el Acueducto, las calles, la Plaza de Mercado, el matadero, etc., son el paraíso de los microbios conocidos y probablemente de otros muchos aún no clasificados por la ciencia”.

A pesar de la negativa de recibir ayuda económica de otras poblaciones, el diario El Colombiano, de Medellín, recogió y puso a disposición la cantidad de doscientos pesos oro. La Junta agradeció. Sin embargo, la capital de Antioquia no escapó a la epidemia. El 4 de noviembre, los desprevenidos viajeros vieron cómo, al llegar el ferrocarril del mediodía, un arriero cayó muerto víctima de la gripa. Ya se habían dado varios casos de defunciones en la ciudad. Colegios y escuelas y demás establecimientos de educación habían sido cerrados. La alarma fue tal, que los enfermos del hospital y los de la Escuela Modelo salieron despavoridos.

En Bogotá los agradecimientos fueron también para la colonia alemana de Barranquilla que recolectó trescientos treinta pesos oro, donativo que fue considerado importante por la Junta de Socorro en su balance final.

La ciudad sí necesitaba de terceros, de los campesinos de los alrededores. El miedo al contagio había hecho que muchos de los hombres de campo e intermediarios que abastecían el mercado con productos agrícolas, se quedaran en sus regiones. El gobernador Eduardo Restrepo Sáenz, hizo llegar a los alcaldes de Cundinamarca, su departamento, una circular telegráfica en la cual daba buenas noticias: “Complázcome manifestarles que, según datos suministrados diariamente por comisiones médicas y otros informes obtenidos este despacho, epidemia decrece visible, notablemente esta capital. Sírvanse ustedes poner esta comunicación en conocimiento Cura Párroco, vecinos respectivos Municipio, fijando copia en lugar más visible población, día mercado y enviarla con propio, inmediatamente, Alcaldes lugares vecinos carezcan telégrafo”.

Mientras la epidemia cedía en Bogotá, en poblaciones cercanas aumentaba. Afectados en la salud estaban los habitantes de Facatativá, Pacho, Chipaque, Une, San Cayetano, La Calera, San Francisco, La Vega, Cota, Cajicá, Fontibón, Usaquén, Madrid y Anolaima. Bogotá, como capital de este conjunto de municipios y muchos más que se hallaban en peligro de contagio, brindó su apoyo con comisiones

médicas, farmacéuticas y medicamentos para atender a los enfermos. La ayuda llegó también a otras instituciones que estaban abandonadas y habían prestado una gran ayuda a los hospitales provisionales fundados de urgencia: “Ojalá la caridad de Bogotá tome nota de esto y acuda con su auxilio al remedio constante de las necesidades de conventos como los de Santa Inés, Santa Clara, La Concepción y El Carmen, ajenos a toda petición de ayuda por el carácter de su institución, y sujetos por lo mismo a los trances muy frecuentes de verdadero desamparo y terrible angustia”²¹.

Cuando entre el 6 y el 7 de noviembre la epidemia de gripa se iba de Bogotá, hizo presencia la viruela. La oficina de Higiene y Salubridad informó a la alcaldía que la nueva dolencia aparecida era endémica en la capital. En el hospital los Alisos, encargado de atender a los virolosos, habían aumentado los casos por no contar con los recursos suficientes. La institución médica no pudo recibir a todos los que requerían ser internados, por ello muchos de los contagiados se vieron en la necesidad de regresar a sus casas o permanecer en las calles. La falta de una adecuada atención hizo que la enfermedad se propagara. Otro temor rondaba a la diezmada población: la tuberculosis, azote permanente de la capital, se propagaba por sus calles.

Bogotá, libre de la infección gripal, comienza a enterarse que la misma ha comenzado a extenderse en Boyacá y llega a Paipa, Duitama y Sogamoso, por los carreteros que transportan la sal. Al otro lado de la cordillera Oriental, al pie del monte llanero, la gripa ha aparecido para dar muerte a más de 500 personas en Villavicencio, un poblado con iglesia y unas cuantas casas en cuya plaza central se ve “el copudo árbol del trópico que arroja su sombra piadosa sobre la desolación canicular”. En Ibagué, capital del Tolima, la influenza se ha metido con fuerza y por completo al cuartel, el panóptico y la policía. En Cartagena y Barranquilla, la población civil se ha visto poco afectada, pero no los cuarteles de la fuerza pública. Sin complicaciones graves, la influenza ha hecho aparición en Cali, Manizales, Neiva, Tumaco, Girardot y Honda.

Los 13,3 muertos del promedio diario en Bogotá, a los que estaban acostumbrados los sepultureros antes de la epidemia, regresan a ser la medida justa de su trabajo. Las cifras, alteradas por superabundancia, se calculan de nuevo: “El promedio de la mortalidad en la capital, tomado de las estadísticas municipales, gira alrededor de cuatrocientas defunciones por mes. En los meses de octubre y noviembre de este año, durante parte de los cuales se desarrolló y se contuvo la epidemia, la mortalidad alcanzó al número de dos mil doscientos seis defunciones. Si restamos de este número total el de ochocientos defunciones a que pudo ascender el máximo de muertes en condiciones normales, tenemos que nos queda un saldo de mil cuatrocientas seis defunciones, atribuibles a la gripa y sus complicaciones y consecuencias”²².

El señor Perry Belden, encargado de negocios de los Estados Unidos, regresa a la ciudad. Se dice que se hallaba en una población cercana de tierra caliente por precepto médico con ocasión de la enfermedad que lo redujo a cama por varios días. Belden ha convocado a todos sus compatriotas residentes a una reunión para el próximo domingo, con el fin de ponerse al día en la recolección de fondos para los damnificados, como lo han hecho otras delegaciones extranjeras. Mientras esto sucede en Bogotá, a orillas del mar Caribe la Compañía Frutera comunica oficialmente al gobernador del departamento del Magdalena que el gobierno de los Estados Unidos, ante las necesidades de la guerra, ha resuelto tomar nueve grandes

21. *La epidemia de gripe*, óp. cit., pág. 80.

22. *Ibíd.*, pág. 80.

CONTRA LA VIRUELA
 Las vacunas y sueros del Laboratorio de Higiene
 los conserva la
DROGUERIA DEL COMERCIO
 —Bogotá, calle 13, números 182 y 184—
 en nevera especial. La vacuna de este Laboratorio es
 la más pura, fresca y eficaz.

Propaganda contra la viruela (El Tiempo, 1919).

vapores donde se exporta el banano colombiano y que para los próximos días usará otros más. Se habla ya de la crisis de la Zona Bananera. Por lo demás, todo está bien. La gripa, aunque con carácter benigno, ha llegado a Regimiento, donde ya hay 120 casos.

La oportunidad de promocionar sus servicios no la pierden las compañías de seguro. Dentro de una columna del periódico, como si se tratara de una noticia más, se hace un llamado para despertar la conciencia. El drama se revive con lo que más puede conmover a ciertos sectores de la sociedad: la situación de indefensión en la cual han quedado innumerables viudas de familias honorables. En plena epidemia se les vio pedir limosna para sus pequeños hijos. Se señala como culpables de esta situación a “la improvisación de los padres de familia, quienes con la economía de 10 centavos diarios habrían podido sostener una póliza en la Compañía Colombiana de Seguros. Si usted es padre de familia reflexione 2 minutos sobre el porvenir de su familia, piense que en la actualidad, la gripa está matando 159 personas por día”²³. Lo anterior obtiene un refuerzo que no obedece a factores que pueden llevar a equívocos. Los síndicos de los diferentes hospitales que han operado provisionalmente en la ciudad, llegan a la conclusión de que la epidemia de gripa ha atacado y llevado a hospitalización a un mayor número de mujeres que de hombres. Sin embargo, se ha observado que son las que menos mueren.

BIBLIOGRAFÍA

Imágenes

Cromos, vol. VI, núm. 137, Bogotá, 26 de octubre de 1918.

Cromos, vol. VI, núm. 138, Bogotá, 2 de noviembre de 1918.

Cromos, vol. VI, núm. 124, Bogotá, 27 de julio de 1918.

23. El Espectador, Bogotá, 6 de noviembre de 1918, pág. 2.

El Espectador, Bogotá, 18 de julio de 1919.

El Gráfico, serie XL, año VIII, núm. 394, Bogotá, 23 de febrero de 1918.

El Gráfico, serie XLIII, año VIII, núms. 421-422, Bogotá, 13 de julio de 1918.

El Gráfico, serie XLIII, año IX, núm. 428, Bogotá, 17 de agosto de 1918.

El Gráfico, serie XLIV, año IX, núm. 436, Bogotá, 5 de octubre de 1918.

El Gráfico, serie XLV, año IX, núm. 441, Bogotá, 2 de noviembre de 1918.

El Gráfico, serie XLV, año IX, núm. 442, Bogotá, 9 de noviembre de 1918.

El Tiempo, Bogotá, 13 de enero de 1919.

El Tiempo, Bogotá, 19 de marzo de 1919.

El Tiempo, Bogotá, 21 de julio de 1919.

FORERO CABALLERO, Hernando, *Evolución histórica de la medicina en Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, Colección Biblioteca de autores cundinamarqueses, 1983.